
Présentation

Miguel Rodríguez

En la convergencia de diferentes ciencias sociales, este número de la revista *Iberic@l* se centra en la historia de las emociones, campo fértil e innovador que ha suscitado un interés creciente, no exento de debates y polémicas en el mundo académico, con amplia repercusión en los medios de comunicación. El desarrollo de este campo de estudios constituye sin duda un síntoma de las incertidumbres de nuestra época, acrecentadas por la rapidez de los transportes y de las comunicaciones y la difusión continua y lancinante de imágenes impactantes, de sucesos y de espectáculos que acaban inmunizándonos ante tantas emociones. Al mismo tiempo, en las últimas décadas, las reacciones a los abusos, a la injusticia y a la miseria de amplias capas de la población, que desembocan en movilizaciones sociales y en una acción política, requieren para ser eficaces el recurso a la expresión del resentimiento, de la ira y de la indignación. La gestión adecuada de las emociones contribuye a volver significantes reivindicaciones y exigencias, a hacer que sean visibles y dignos de interés los proyectos de organización social por los sujetos sociales susceptibles de encarnarlos. Es sintomático que se defina al sujeto político de nuestros tiempos como *L'homme compassionnel* -el libro de Myriam Revault d'Allonnes- o que el norteamericano George Marcus estudie *Le citoyen sentimental*: son dos títulos sacados al azar de una abundante producción publicada desde principios de este siglo.

Este conjunto de textos se sitúa también en la perspectiva de los caminos transitados desde hace décadas por la historia cultural. Este campo disciplinario no solamente está ligado a una historia social de las representaciones -puesto que sentimientos y emociones están históricamente contruidos-, también se nutre de numerosos análisis abiertos, entre otros, por Foucault y por Norbert Elias, quienes conceptualizaron temas como la vigilancia, el control y el sujetamiento de los cuerpos. La proliferación de *gender studies* también ha influido en el interés por las emociones en la medida en que la construcción del género es manifiesta en la expresión de sentimientos y pasiones -en cuyo estudio, por lo demás, ha brillado desde hace décadas, la historiografía francesa y británica (Georges Duby, Jean Delumeau o Theodore Zeldin, por citar solo algunos nombres). Más recientemente han suscitado curiosidad e interés la obra de historiadores norteamericanos como los Stearn, William Reddy o Barbara Rosenwein. ¿Podemos hablar entonces de una « emotionology », una nueva moda venida a través del Atlántico, de un « emotive turn » -como hubo hace unas décadas el giro lingüístico que se interesó en el valor del lenguaje y del discurso ?

En el cruce de varias disciplinas -la psicología colectiva, la sociología, las ciencias políticas, los estudios culturales y lingüísticos y, por supuesto, las teorías cognitivas y las neurociencias-, el mundo *interdisciplinario* de las emociones corresponde ampliamente a una de las orientaciones del CRIMIC, centro de investigaciones y editor de la revista *Iberic@l*. Lo que sí han mostrado numerosos trabajos en los últimos tiempos es el valor heurístico de las emociones: ya que entran de modo determinante en el proceso de toma de decisión, en la experiencia individual y colectiva, revelan y a veces transforman las posiciones de los que los enuncian, dando lugar a innumerables y diversificados discursos. Pero además su estudio se justifica por haber sido ocultado por los análisis históricos y sociológicos tradicionales que, privilegiando esquemas de explicación “racionales”, insistiendo en los intereses explícitos o en los factores basados en la posición social de los agentes sociales, desdénaban las emociones y las pasiones políticas como superficiales, como meros síntomas de algo más “profundo”. La historiografía así ha basado a menudo sus explicaciones en un cálculo de ventajas por parte de los individuos, así como en una jerarquización “racional” de los factores determinantes.

Este número de la revista *Iberic@l* es el fruto de un programa de varios años, desarrollado por IBERHIS, uno de los ejes del CRIMIC. Fundado por Carlos Serrano quien, al final de su vida estudió dispositivos simbólicos e imaginarios identitarios en la península ibérica, nuestro grupo de investigación se ha preocupado luego por analizar conflictos y movimientos sociales, ya no solamente en una óptica limitada a España, sino abarcando el espacio trasatlántico colonizado por los ibéricos. Focalizar el análisis en los mundos iberoamericanos puede ser particularmente productivo al plantearse en ellos, de modo extremo, realidades y percepciones muy diferenciadas, al ser éstas tan extensas y heterogéneas, al imbricarse modelos culturales que las elites adoptan, modificándolas, de Europa y luego de Norteamérica, con rasgos de las sociedades originarias y de las mezclas étnicas, sociales y culturales -tan fecundas en muchas regiones.

Nuestra propuesta pretende indagar en los elementos pasionales que eclosionaron en la escena socio-política de la península ibérica y de las Américas hispano y lusohablantes en el mundo contemporáneo -a partir del siglo XIX. En estos trabajos, se trata de ver la movilización de recursos a través de las emociones, no como mera expresión de los sentimientos sino como un mecanismo de acción: no tanto como expresión de un agravio, por más adolorida o violenta que sea, sino como manifestación de un agente político en el espacio público. Se confunden pues los elementos pasionales, las emociones y los sentimientos...

¿Los celos son sensaciones, sentimientos o emociones? El “vínculo de amor” forjado en las movilizaciones religiosas debe considerarse como una pasión o es el amor más bien un sentimiento? Y frente a una catástrofe o ante un ataque terrorista, ¿cómo denominar los sucesivos estados a través de los cuales reaccionan los diversos grupos afectados? A fin de cuentas, ¿de qué estamos haciendo la historia? Estas notas preliminares, necesariamente escuetas, señalan la indeterminación de estos conceptos entre sus usuarios. Tales ambigüedades terminológicas han sido en parte causadas por interferencias con el inglés, lengua en la que circula mayoritariamente la proliferación de trabajos recientes sobre estos temas. Todos subrayan la variedad y la importancia para las ciencias sociales de los “estados afectivos”, nuestro objeto de estudio que se preocupan en conceptualizar varios de los estudios aquí presentados.

Evidentemente la reflexión sobre los mecanismos y las prácticas en las que son más sensibles las emociones es más fructífera si se enfoca a objetos históricos bien precisos, si se basa en acercamientos concretos, en una perspectiva empírica. Apostando por el valor heurístico de las emociones, que sirve de hilo conductor en nuestro seminario de investigación, varias colegas han vuelto a los temas de los que son ameritadas conocedoras -Laetitia Blanchard, Camille Lacau, Clémentine Lucien-, para repensarlos a partir de esta novedosa herramienta. Se conjuntan contribuciones de colegas de otros centros -los españoles Javier Moscoso y Francisco Sevillano- que han aportado a nuestro seminario sus reflexiones, fruto de intereses compartidos. Incluimos también avances de investigación de jóvenes, como Evelyne Coutel, Victoria Llor-Llopert o Natalia Núñez Bargueño, que hacen brecha con temas originales y perspectivas inéditas.

Este volumen de *Iberic@l* empieza con un trabajo de Javier Moscoso, que trata específicamente de los celos, en la primera mitad del siglo XIX -que ve la configuración de los Estados nacionales y abre nuestra modernidad política. Este autor hace una lectura de textos literarios y tratados científicos, fuentes esencialmente francesas que posiblemente circularon en otros horizontes e influyeron en la conformación de sensibilidades « transnacionales », manifiestas en las elites de diversos países europeos -por no hablar del área cultural de la Europa latina, extensiva a la de los criollos hispanoamericanos, tan influenciados por modelos culturales provenientes de Francia. Este artículo, al indagar sobre formas de comportamiento y sensibilidades, subraya la importancia de rebasar límites estrictamente nacionales. Moscoso habla así de una medicalización de los celos. Además, el texto de Javier Moscoso, conocido por su *Historia cultural del dolor*, plantea también la cuestión de la expresión de las emociones, de

las relaciones entre el síntoma y el sufrimiento, entre la neurosis y el cuerpo, que toda una literatura reconocida como científica pretende repertoriar.

En seguida, se analizan los objetivos de « conmover, movilizar y construir identidades », que tratan de alcanzar ciertos movimientos sociales a través de la gestión emocional, en dos momentos de la historia de la España contemporánea. El primero es, también en la primera mitad del siglo XIX, el del carlismo, estudiado por Laetitia Blanchard, quien se inspira en el concepto de « dispositivos de sensibilización », definidos por Christophe Traïni e Isabelle Sommier como los diversos « registros emocionales para conseguir apoyos » a los movimientos sociales de las últimas décadas que ambos han estudiado. Fundándose en sus trabajos, Laetitia Blanchard se interroga sobre lo operativo que puede ser tal concepto en un contexto que ella conoce bien, el de las guerras carlistas y el de la memoria que dejan éstas en algunas regiones, en ciertos grupos políticos de la España de los siglos XIX y XX. Aun si pudiera parecer que el tiempo y la distancia alejan y borran los tiempos del carlismo, hay que analizar cómo sus huellas se reactualizan o adquieren nuevos sentidos, dando lugar a nuevas configuraciones emotivas en las que se fundan reformuladas comunidades políticas. En última instancia Blanchard plantea una pregunta esencial: ¿cómo se hace política? ¿a través de argumentos estructurados y reflexivos, en un camino de progreso hacia la razón -como lo quiere el liberalismo? ¿o por procedimientos irracionales?

El segundo momento es el de 1911, cuando en Madrid se celebra un Congreso Eucarístico Internacional, estudiado para su tesis de doctorado por Natalia Núñez Bargueño. En este género de celebraciones multitudinarias organizadas a partir de fines del XIX por la Iglesia Católica, se ponen al servicio de prácticas religiosas tradicionales y de cultos seculares nuevas técnicas de movilización de masas en las que la expresión de las emociones juega un papel esencial. A través de ellas se expresan y se estructuran « comunidades emocionales ». Además de inspirarse Natalia Núñez en este concepto forjado por la norteamericana Barbara Rosenwein, su trabajo nos lleva al vasto y complejísimo tema de las imbricaciones entre la mística, las emociones compartidas y el sentimiento religioso.

Dos textos analizan luego en este volumen un aspecto importante del uso de emociones grupales en el espacio público: el modo en que contribuyen a tejer vínculos entre un «nosotros» que se construye, por oposición -a menudo alimentando el odio- a un «extraño enemigo». En el contexto de la Cuba revolucionaria en sus primeros años, los del enfrentamiento con los Estados Unidos, Renée Clémentine Lucien lee la prosa y repasa ademanes y gestos del comandante Fidel Castro. Es un léxico que designa las bestias más repugnantes, a través de invectivas, insultos y redundancias retóricas, todo en estos interminables discursos hace cimbrar a las masas que durante horas aplauden y se unen al carismático líder. ¿Cómo puede éste llevar a cabo un proceso de comunitarización? ¿Se trata una vez más de una comunidad emocional indispensable para el manejo de las masas y para la perpetuación en el poder? Un aspecto importante en la identificación de «comunidades emocionales» es cómo se utiliza, modifica o fundamenta el patriotismo, uno de los elementos menos discutidos en el imaginario social.

El manejo de las masas y la obtención del poder, gracias a una adecuada gestión de las emociones, son el tema de otro texto que concierne un suceso más reciente: los atentados en Madrid del 11 de marzo de 2004, conocidos como “el 11-M”. Para Camille Lacau Saint-Guily las emociones desempeñan un eje de lectura para analizar las sucesivas etapas de «producción de sentido» de distintos grupos componentes de la sociedad ante una catástrofe como ésta -retomando las palabras de Camille Lacau, de un espanto silencioso a un grito de indignación, mediante el cual se construye políticamente un espacio común. Ante la catástrofe las pasiones son fuertemente contrastadas, existiendo además una maleabilidad, una porosidad que justifica la hipótesis de una periodización específica, posterior a la catástrofe, en las que conviene analizar sucesivas secuencias. Se tejen solidaridades como se desintegran consensos y se ponen en marcha procesos de movilización que conviene analizar en su especificidad. Es bien sabido en el caso del 11-M que la politización de las emociones por parte del partido en el poder y el descubrimiento por

la opinión pública de este abuso, en la exacerbación emotiva de aquel momento, suscitó un vuelco en la opinión que en las elecciones inmediatamente posteriores le hicieron perder el poder. Apasionante ejemplo de las consecuencias que puede tener, del cambio histórico que puede acarrear una inadecuada gestión de las emociones. También es bien sabido que esta interpretación es impugnada hasta la fecha por ciertos actores en el juego político español, siempre con un apasionamiento en el que diversas emociones reemplazan en las explicaciones a testimonios oculares, a relatos pormenorizados y probados y a sentencias judiciales.

Por último, el volumen de *Iberic@l* incluye dos contribuciones cuya temática podría remitir al campo de las artes, si no fuera porque, verdaderos ensayos de historia cultural, insisten en la recepción de la obra artística así como en su categorización genérica en función de códigos socialmente compartidos. En la primera, consagrada a *Atlántida*, obra última de Manuel de Falla, Victoria Llorca Llopart escudriña su proceso de creación, que se basa en un poema del catalán Verdaguer, para luego mostrar las reacciones que ha suscitado desde su creación. Si, como explica Llorca Llopart a partir de la correspondencia del músico, Falla pretende hacer una obra para Cataluña, la composición rebasa ampliamente el punto de partida y mezcla, alimentada por su cultura muy diversificada, emociones patrióticas y religiosas, vividas desde la comunidad o la individualidad. El estudio de Llorca Llopart indaga de manera muy sugerente respecto a los procesos de composición de una obra musical y a su recepción en un consecuente desencadenamiento de emociones.

La segunda, la de Evelyne Coutel, analiza diversos artículos dedicados a las actrices “nacionales” que salieron en la revista *Popular Film* -publicada en la España de los treinta y de los cuarenta, entre la dictadura de Primo de Rivera, la Segunda República y la guerra. Coutel parte de la hipótesis de una “cultura emocional” presente en la prensa cinematográfica de estos años en que el “séptimo arte” -además de pasar del mudo al cine sonoro- se convierte en un canal esencial de una cultura de masas transnacional. Estudia así este artículo la construcción de « lo femenino » como estereotipo fílmico y como foco de las emociones patrióticas en el fomento de un cine específicamente nacional. Y obviamente también nacionalista, puesto que a través de las actrices más populares y legendarias se ensalza a España. Como “la Garbo” allende el Atlántico, Conchita Piquer o Carmen Toledo, emblemáticas y “garbosas” figuras “nuestras”, van a encarnar nuevas representaciones de la mujer, “ávidas de emociones”.

Además de reflejar las actividades del seminario IBERHIS durante los dos últimos años y de presentarse como una primera contribución a un área de estudios en plena efervescencia, arduo aunque prometedor, este conjunto de textos permite reflexionar sobre ciertas problemáticas que han sido tratadas en otros campos de la historiografía y, más ampliamente, de las ciencias sociales. El de las fuentes, en primer lugar. Se apoya este conjunto, obviamente, sobre diversos corpus, algunos ya utilizados en otras investigaciones, otros inéditos: cartas personales de Manuel de Falla y reportajes sobre las producciones escénicas de su obra, por ejemplo, pero también reportajes de prensa para captar las reacciones al 11-M o discursos oficiales de Fidel Castro, etc. Si el quehacer del historiador en los últimos tiempos ha podido hallar numerosas fuentes para ampliar y multiplicar, con mucha imaginación, los temas por estudiar, en la perspectiva de la historia de las emociones es particularmente difícil la selección de las fuentes, de documentos para la investigación.

Así pues, ¿lo que se dice es necesariamente lo que se siente? Para expresar sus emociones un sujeto debe situarse respecto a un código específico que permite transmitir un determinado mensaje y, quizá más que para otros materiales trabajados por el historiador, los evidentes cambios en la expresión y en el lenguaje suponen una atención particular al analizarse sentimientos y emociones. La correspondencia, los diarios, las bitácoras y otros materiales volcados hacia la expresión externa de lo propio y de lo « íntimo » plantean dudas respecto a su representatividad. Es delicado también analizar en tanto evidencias etnográficas el ejercicio y la gestión de emociones en ceremonias que no se reducen a la mera

expresión de emociones. En las procesiones y las misas multitudinarias de los congresos eucarísticos, en las ceremonias en las que se perpetúa la memoria carlista, en los mítines en los que integran las masas en torno al carismático líder cubano, ¿qué tanto permiten comprobar tales rituales la afirmación de creencias? ¿Cómo afirman performativamente una emoción?

Por último, heredando una tradición de varios años de reflexión sobre los nacionalismos, sobre los movimientos sociales y los conflictos, este volumen preparado por nuestro equipo trata de seguir investigando cómo la historia de lo político es *afectada* por el recurso a las emociones. En definitiva, trabajos como los de Blanchard o de Lacau, por citar solo dos de nuestras colaboradoras, muestran que juegan más, mucho más, que un papel marginal, de ayuda o de empuje a las movilizaciones. ¿Cuál es la relación estrecha y compleja entre una emoción y el juicio? ¿Cuál es la dinámica que conlleva la evaluación sensible de una situación y puede llevar a la acción? Y ¿cómo se construye, en un grupo, la subjetividad política, cómo se hacen, imperceptible y duraderamente, los “indignados”?